

La censura económica

Agustín Monsreal

A la vieja censura del tapabocas político, a la autocensura de periodistas y escritores, Agustín Monsreal añade la que acaso sea la censura más terrible de todas: la de la imposibilidad de acceder a los libros por la imposición de una cultura machista y de un modelo económico que deja fuera a las mujeres de cualquier superación.

Para mi felicidad, yo crecí rodeado de mujeres: mi madre, mi nana Elisa, mis tías, mis primas. En aquel mundo, por azares diversos: viudeces, divorcios, lacias y tercas solterías, no existía la presencia masculina, fuera de los dos varones que cual prietitos en el arroz disfrutábamos de aquella copia fiel del paraíso: mi hermano Enrique y yo. Por supuesto, para intenciones prácticas, éramos aproximadamente un par de ceros a la izquierda. Tampoco existía la literatura, palabra ajena por completo al blando ámbito doméstico; tratándose de libros no se daba cabida ni siquiera a los de cocina, ya que los secretos culinarios eran transmitidos en la familia de manera oral. Si acaso, aunque casi podría decirse que de mera casualidad y por lo tanto no cuentan, entraban en la casa los que llevábamos quienes acudíamos a la escuela, esto es: los libros de aritmética, de lengua nacional, de historia patria o de ciencias naturales. Las novelas, los cuentos, los poemas, no existían sencillamente porque no había dinero para comprarlos y menos disposición para leerlos. En términos generales, adquirir esas cosas era un lujo de ricos, y leer se consideraba una pérdida de tiempo, una distracción de gentes haraganas. En casa, el dinero que entraba era poco y se iba peor y más rápido que agua por la coladera en lo de la renta, la luz, el gas, la ropa, los zapatos, la comida para tantas bocas. Y las mujeres de la fami-

lia, con excepción de la nana Elisa, una tía ya muy vieja y las primas que ninguna alcanzaba los doce años, tenían que trabajar duro y durante largas horas para hacerle frente a una vida de por sí difícil y cada vez más cara. De modo que, menos por tacañería que por austeridad obligada, cuidaban hasta el último centavo de su salario. Por las noches, lo que les restaba de ánimo y de fuerzas lo consumían ayudándonos a solventar las tareas, preparando la comida del día siguiente, lavando, planchando, oyendo en medio del ajetreo comedias y canciones románticas en la radio, zurciendo vestidos y calcetines y conversando inagotable, sabrosísimamente entre ellas. Porque, debo reconocerlo y admirarlo: aunque estuvieran muertas de cansancio o de uñas contra el destino, su mejor placer y su mayor pecado era siempre la platicadera. Cuando por fin se iban a la cama, dormían como benditas.

Traigo a cuento esta época incanjeable de mis recuerdos porque en la vida, en muchas circunstancias de mi vida, casi me atrevería a afirmar que en toda mi vida, me he topado con innumerables historias que si bien cambian en lo externo, en lo anecdótico, en esencia son una sola, fatalmente repetida y vuelta a repetir una vez y otra: la de las mujeres que nunca, en todos los años de su existencia, nunca llegan a leer un libro, ver una obra de teatro, ir a



Jean-François Millet, *La cardadora*, 1858

una exposición de pintura o a una sala de conciertos. Nada, ni el contacto más breve y superficial con alguna de esas expresiones que a veces, con alguna solemnidad llena de gracia, llamamos cultura. Ignoro si esas experiencias les son indispensables o no (hay quienes aseguran, creo que por conveniencia o por estupidez, que la gente mientras menos piensa es más feliz), lo que sí sé es que poseen el absoluto derecho humano de conocerlas y luego, por ellas mismas, decidir si las frecuentan o se quedan como estaban. La cuestión es que sepan que existen, que las tengan como una opción cierta, que estén en condiciones ciertas de confrontarlas con su propia inteligencia, con su propia sensibilidad, con su propia imaginación, y no que a causa de las ominosas manipulaciones del aislamiento social, las humillaciones de la ignorancia, las imprudentes ignominias de la pobreza, permanezcan confinadas en los alteros del adocenamiento, silenciosas, olvidadas en los traspacios miserables, en las fronteras oscuras de la indiferencia y lo prescindible.

Como personajes de ficción (madres lacerantes, secretarias locuaces, esposas intolerables, sirvientas indígenas, hermanas incestuosas, amantes corrosivas, vírgenes

del barrio, viudas negras, solteronas ávidas, pordioseras incautas), puede ser que las mujeres sin complejidades más allá de lo carnal y lo doméstico resulten muy interesantes; como realidad cotidiana e inmediata son arenas de otro mar. Borges, en ese cuento magnífico y terrible que es “La intrusa”, nos dice que la protagonista provenía de “un barrio modesto, donde el trabajo y el descuido gastan a las mujeres”, y, de acuerdo con el sentir de los personajes masculinos, que sólo “era una cosa”. La crudeza de esta frase puede causar una gran indignación y una enérgica condena, aunque siempre dentro de lo útil, estrictamente literario. Algún poeta (cuyo tuteo con la gloria nadie es capaz de poner en duda) puede cantar, con voz entrecortada por los filos del sufrimiento, “Oh mujer insustancial...” y hacerse tiras los pellejos del alma porque aquélla que él eligió como su musa, como su amada, jamás dará lectura a esos versos leales y sublimes que convierten al amor en un prodigio de desgracia. Lo que los conmovidos lectores no sabemos es si ella no los leerá por apatía, por maldad, por vil resentimiento o simplemente porque es analfabeta. En este último caso, nuestro bardo universal debería seguir al pie de la letra el escrupuloso consejo de Sor Juana, “hacedlas cual las queréis”, y enseñar a leer a la mujer de sus sueños. Pero, pues no, una vez más, la vida y lo que se escribe son dos cosas muy distintas. La vida y lo que se vive no siempre van de la mano. La realidad de la cultura y la realidad real es un trato entre desiguales.

Y en buena medida la desigualdad radica en la censura económica, ese estigma ruin y hasta hoy inmodificable que amordaza la naturaleza y la voz de millones de mujeres, que pone la soga al cuello sin que la víctima lo advierta y que actúa lo mismo en las altas esferas que en los bajos fondos. Nuestros ojos no necesitan ir muy lejos ni andar hurgando la cara oculta de las piedras para hallar los botones de muestra. ¿Quién no conoce a una de esas mujeres que nunca han leído un libro ni han entrado a un teatro ni etcétera? ¿Quién es lo suficientemente inmoral para decir que jamás ha visto una? ¿Quién, que no sea un cobarde, un hipócrita, un pusilánime o un necio? La mujer censurada por las exigencias brutales de la vida económica está en todas partes: en las grandes ciudades y en las no tan grandes, en los pueblos de infierno enorme, en las comunidades pequeñas, en los cinturones residenciales y

¿Qué ojos, qué cerebro, qué columna vertebral le van a quedar a esa mujer para leer el *Orlando* de Virginia o para pensar que se está perdiendo la más reciente retrospectiva de la obra de Frida?

en los barrios populares, en la casa, en la oficina, en la universidad, en la fábrica, en el bar, en el aeropuerto, en los mercados, en las calles... Todos los días y a todas horas las vemos, las vemos a muchas de ellas, y quizá de tanto mirarlas es que nos resultan invisibles. Enumerarlas sería un ejercicio infinito y vano que no pretendo.

Pienso, sin embargo, en algunos ejemplos, y no resisto el impulso de exponerlos, aun a riesgo de colocarme sobre la navaja del melodrama barato o de la demagogia al revés. Pienso en el caso bastante común y extremo de las mujeres indígenas y campesinas, a quienes generalmente no consideramos personas sino objetos folclóricos, y a quienes, la mayoría de las veces, sólo vemos como sirvientas, pedigüeñas plagadas de chamacos o vendedoras de muñecas de trapo. Pienso también en una mujer que vive en una colonia de las orillas de la ciudad y se despierta a las cinco y media de la mañana, se da un regadera de agua fría rapidito, prepara el desayuno, levanta a los hijos, los viste, los peina y los deja listos para que dentro de un rato, solos y a la buena de Dios, se vayan a la escuela; luego, ya cerca de las seis cuarenta y cinco, sale apresuradamente de su casa, toma un camión que la deja en la estación del metro donde se abre paso a puntapiés y codazos porque a esas horas pico los vagones semejan terrazas del purgatorio, trasporda dos o tres veces, lo que equivale a repetir la burda pelea campal además de padecer las correspondientes dos o tres inmensas caminatas; y por fin, a eso de las siete cincuenta y siete, arriba al lugar en que trabaja de obrera o de mesera o de encargada de almacén; a lo largo, larguísimo de ocho, diez, doce horas, se despulmona a todo lo que da, sin tiempo siquiera para asomarse un tantito al cielo por la ventana y con intermedio apenas de treinta minutos para comer e ir al baño; ya en la tardecita, más bien al anochecer, sale por fin del trabajo y emprende el calvario de regreso, no muy distinto del de la mañana; llega a su casa con la luna bien alta y con el cuerpo a remolque, sudada, hambrienta, malhumorada, materialmente desganzada, descoyuntada, aplastadísima por los deslaves eternos de la fatiga, con ganas sólo de derrumbar el corazón y el esqueleto en cualquier blandura y vacacionar de la vida aunque sólo sea por un rato; ah, pero todavía faltan los quehaceres del hogar dulce hogar, todos ellos, cada uno de ellos, tan incabables y tan los mismos siempre, y quizá, minutos antes de dormir, platicar un momentito con el marido, porque quiero suponer que lo tiene y que no es ni mantenido ni vicioso ni macho golpeador ni parrandero ni desobligado sino un hombre común y corriente que, al igual que ella, vive desbarajustado y desesperanzado y con las aguas negras de la necesidad encajadas en el cuello.

Y bueno, después de un día así, que es idéntico a los días de casi toda la vida, ¿qué ojos, qué cerebro, qué columna vertebral le van a quedar a esa mujer para leer el *Orlando* de Virginia o para pensar que se está perdiendo

la más reciente retrospectiva de la obra de Frida? Esto, dejando de lado que sufrimos épocas de crisis y que comprar un libro y poner pie en una galería puede representar el salario de media semana. Vamos, pero si hay bibliotecas públicas, rezonga un diputado de aquellos que gastan la tribuna de la cámara discursando acerca del papel de la mujer en la sociedad, y los domingos la entrada a los museos es gratuita; muy cierto, digo yo, siempre es mejor algo que nada, sólo que en la realidad eso no pasa de ser un mísero paliativo, una simple limosna; es como enseñarle a alguien la fotografía de una robusta vaca para demostrarle que son muy sabrosos los filetes, en vez de permitir que le hinque el diente al plato de carne. Si no se prueba, si no se mastica, si no se digiere, cómo decir si le agradó a nuestro paladar, si le cayó bien a nuestro organismo. Pregúntenle a las mujeres de quienes les hablo qué opinan de las bibliotecas, de los cineclubs, de los museos posmodernos. Pregúntenselo a la *marchanta* de la fruta y la verdura en cualquier tianguis, o a la afanadora de un sanatorio, o a la encargada de la limpieza en una nave industrial, o a la recamarera de un hotel de paso, o a la tenaz madre soltera que además de secretaria se afana de *vendetodo*: ropa, cosméticos, artículos de importación, joyería de fantasía, tarjetas de navidad; o a la señora de clase media que no trabaja formalmente y *nada más* atiende casa, marido, niños, y resuelve los detalles insignificantes en colegios, bancos, tesorerías, mercados, tintorerías, talleres mecánicos, fiestas infantiles.

Y también, aunque sea nomás por no dejar, solicítenle opinión sobre estos asuntos a las mujeres que sí sostie-



Mary Cassatt, *Leyendo El Figaro*, 1883

nen trato con los negocios culturales pero igual sufren los vicios y emperjuiciamientos de la censura económica: las maestras de primaria y secundaria que laboran hasta tres turnos al día, por ejemplo, o las periodistas profesionales que se despachan cinco reseñas, seis entrevistas y siete reportajes a la semana, o las escritoras que encima de las consabidas ocupaciones domésticas desempeñan los cargos secundarios de maestra y periodista para acabalar lo del gasto. Y conste que no estamos hablando únicamente de mujeres solas, o abandonadas con una multitud de hijos, o con madres paralíticas, o huérfanas a las que les toca cargar con la irrenunciable cruz de nueve hermanitos, no, estamos hablando de mujeres en situaciones normales, “casos de la vida real”, como anuncian sin verdad los programas de televisión que acaso son la única vía cultural a la mano. Una amiga mía dice a propósito de esta circunstancia: “Soy una mujer que en vez de leer a Yourcenar sale a tirar la basura”.

Ahora bien, la censura económica no sólo impide o limita el contacto con la cultura sino que asimismo, artísticamente, lo modifica: qué otro, qué opuesto, qué ladino, qué disparate e injurioso es el respeto que se brinda en ciertos órdenes a un hombre que se dedica a estos menesteres, comparado con el que se da a una mujer. Pongo

como ejemplo —no por ejemplar sino por ordinario— mi propio caso. En ocasiones, gracias a que tengo la barriga llena y el corazón ocioso, me encierro en mi estudio y me dedico a trabajar, esto es, a escribir (qué esfuerzo mayúsculo nos cuesta hacerle entender al mundo que escribir también es un trabajo). Y entonces ocurre que el universo a mi alrededor se pasma y cambia: mi mujer, mis hijas, la doña que ayuda en la limpieza, todas hablan en susurro, caminan de puntitas, contienen el vuelo de sus faldas y si aletea una mosca la fumigan porque si la aplastan capaz que se oye el plaf y ese escándalo me desconcentra. Ah, pero si mi prima Mayéutica Basíldes, que salió igual de mala cabeza que yo y también es literata, se pone a trabajar, o sea, a escribir, entonces la tierra salta de su órbita y sobreviene la catástrofe: el marido no encuentra una camisa limpia y los hijos desfallecen de hambre y la sirvienta no sabe qué decirles a los del gas y nadie contesta el teléfono y las niñas necesitan que mamá les retoque el peinado y cada quien oye su música a todo volumen y Mayéutica tiene que esperar a que den las doce de la noche para esconderse en el baño, dispuesta a robarle un par de horas al sueño, y sentarse a escribir, porque ni siquiera cuenta con un cuarto propio para hacerlo. La diferencia de lo que pasa con mi prima y conmigo, es que en mi casa yo soy el que aporta el dinero. Bueno, al menos la mayor parte.

(Y aclaro, entre paréntesis, que aunque soy —y lo admito— uno de los más tercos neuróticos de la especie, nunca le he pedido a las mujeres de mi familia que guarden ese silencio monástico con que me favorecen.)

(Nunca lo has pedido, contraclaran ellas en paréntesis subsiguiente, pero cómo lo has dejado sentir.)

(Para no meterme en problemas, concluyo los paréntesis y me apresuro a poner punto final a estos apuntes.)

La cultura, las expresiones de la cultura, eso lo sabemos la mayoría, siempre han sido elitistas, e incluso en muchas ocasiones tienen más acceso a ellas los que tienen con qué pagarlas que los propios creadores, ya que los creadores viven en perpetua lucha contra los estados económicos críticos que por sí mismos implican ya una censura. Y las mujeres, especialmente las de escasos recursos, cargan en esto con la peor parte. Nada o poco reciben de este privilegio. En una sociedad como la mexicana, la mera circunstancia de poder dedicarle un par de horas diarias a la lectura, o ir a ver una obra de teatro, o asomarse a una exposición de pintura o acudir a un concierto, ya es un privilegio. Un privilegio que, me atrevo a suponer, todos merecemos. Por lo tanto, creo que los privilegios deben desaparecer, pero no por medio de la abolición, no suprimiéndolos sino expandiéndolos, multiplicándolos, o sea, volviéndolos accesibles a cualquiera, que cualquiera les pueda hacer, si así lo quiere, un ladito en su vida. Esto, naturalmente, no es ninguna propuesta: es apenas un sueño. Y cuando uno sueña con cosas que todavía no son, vale la pena preguntarse: ¿por qué no? **U**



Paul Cézanne, *Madame Cézanne cosiendo*, 1877